

A.C.N. DE P.

AÑO XX

Madrid 1.º de mayo de 1944

NUM. 330

“ORDEN Y TRANQUILIDAD. LAS CRISIS DEL ORDEN”

Don Fernando MARTÍN-SANCHEDZ JULIA: Sin que mi voz esté totalmente repuesta de la gripe tengo que consagrarla a dedicar un elogio a Curro Cervera, como en confianza le llamamos, que ha abandonado el lecho, donde también estaba con gripe, para venir a disertar ante el Círculo de estudios.

A Curro Cervera, nombre familiar de Francisco Cervera, todos le conocéis. Es un veterano no por su edad, que no es mucha, sino por los años que lleva en la Asociación. Ingresó en la A. C. N. de P. hacia el año 1925. Tomó la insignia el día de la Inmaculada del año 1928; es decir, que pertenece a la tercera generación del Centro de Madrid. La primera generación fué la de los fundadores, la segunda fué la de los que tomaron la insignia de manos del señor obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo, el día de la Ascensión del año 1924, promoción a la que pertenecían nuestros mártires Federico Salmón, Pepe Palma y tantos otros, y de los supervivientes recibimos entonces la insignia José María Valiente, José María Gil Robles, Benasque, Paco Luis, Rafael Luis, etc. Una promoción muy numerosa; seríamos una treintena. La siguiente imposición de insignias es la de Francisco Cervera.

Cervera, además de ser sevillano, de Utrera, es archivero bibliotecario, registrador de la Propiedad, etc. Por tanto tiene la carrera de Filosofía y Letras y la de Derecho. Ha sido archivero del Archivo de Indias, de Sevilla, y desempeñado destinos en Cádiz y en el ministerio que se llamaba de Estado. Registros en Asturias, Canarias, Castilla, Extremadura, Ciudad Real, Levante y Andalucía. Ahora se especializa en Propiedad intelectual y como asesor del Registro General, y dirige el Secretariado de Orientación bibliográfica de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica.

Otras actividades suyas católicas, fuera de las que pudiéramos llamar reglamentarias, son fruto de su cariño a los salesianos; el intervenir en las actividades de los Antiguos Alumnos Salesianos, y también para ser, por multiplicación, no de una sola Orden, sino de varias, ha intervenido en la fundación de los Padres de familia correspondientes al Colegio de Areneros de los jesuitas de Madrid. Con todos esos datos ya tenéis perfilada la figura de Cervera. Tíenela palabra.

EL SR. CERVERA

Francisco CERVERA: Después de agradecer al presidente sus palabras vamos a entrar en el tema. Mucho lo he pensado, hasta en estos días de gripe; tanto, que quizá me hubiera convenido no solamente rezar el rosario

Ponencia de D. Francisco CERVERA

previo de reglamento, sino venir, como cuentan del beato Diego de Cádiz; que cuando iba a hablar a los sacerdotes se dirigía a ellos de rodillas y con un especial cilicio. El sabría por qué.

Pensaba yo seguir el sistema de Oliveira Salazar, que como cuentan sus biógrafos piensa primero el discurso, luego lo escribe y por último lo lee. Pero no me he atrevido a imitar tan buen ejemplo porque, para lo que iba a decir, va mejor la relativa improvisación. Con esto vamos a empezar haciendo un recuento del mensaje navideño de Su Santidad.

Orden y desorden

Me dice el temario que hable del “orden y tranquilidad” y de la “crisis del orden”, con lo cual parece recomendar-me el recordaros que las dos ideas ejes, mejor, las dos ruedas en que se apoya el eje de la vida social según el mensaje, son: primera, la convivencia en el orden, y segunda, la convivencia en la tranquilidad. A este tenor, como nos indica que hablemos de la crisis del orden, será conveniente repetir que el concepto que Su Santidad nos da del orden está expresado en la primera parte, cuando declara que “este orden no es una mera y extrínseca conexión de partes numéricamente diversas, sino más bien—y debe serlo—una tendencia y actuación cada vez más perfecta de una unidad interior, lo cual no excluye las diferencias fundadas y sancionadas efectivamente por la voluntad del Creador o por normas sobrenaturales”.

De modo que contraponiendo a aquella tesis la antítesis de la realidad—desorden que la misma sociedad ha creado con la virulencia de errores y extravíos sociales y la fiebre de la discordia de deseos—propone Su Santidad la necesidad de reconstituir aquel orden y dice “que el desorden no puede ser vencido sino con un orden que no sea meramente forzado o ficticio...”

Para lo cual Su Santidad tiene puestos los ojos en las minorías selectas; a ellas encomienda ésta que llama verdadera cruzada por restituir el orden cristiano al mundo, que perece y deshace su civilización por el desorden, consecuencia de su apostasía.

Conceptos genéricos de civilización

Guizot, en su “Historia de la civilización europea”, dice que el pensamiento capital que encierra aquella pa-

labra es el de progreso, entendido como perfeccionamiento de la vida social, pero que comprende algo más que el bienestar material de los asociados, que es el desarrollo del hombre en sí.

Para Kurth es civilización la forma de la sociedad en que existen mayores medios y más facilidades para que el hombre pueda alcanzar su fin último. Con lo que la historia de la civilización se diferencia de la historia política como el continente del contenido. La primera hace historia de la vida interna de la humanidad en su desenvolvimiento moral y material.

Evolución y sucesión

Hecha al principio alusión al desorden, que es objeto del tema en general y que ha de desarrollar luego, desde el punto de vista social, quien me siga en la ponencia, entramos en los puntos de “evolución de la cultura” y de “sucesión de generaciones”, que me han correspondido en el reparto, como apartado a) de mi ponencia.

Os confieso que me he leído dos o tres veces el Mensaje y sólo he encontrado en esta primera parte, en los párrafos que a mí me conciernen, que son los que desarrollan el estudio de la doble convivencia en el orden y en la tranquilidad, alusiones de pasada a la “cultura” y a la “sucesión de generaciones”. Su Santidad en esos párrafos puntualiza las normas y valores de la religión que ha de actuar, conservar y desarrollar la persona humana y los valores de la “cultura”; más adelante previene que si se toca al fundamento y supremo regulador de cuanto se refiere al hombre, que es Dios, se abre peligrosa discontinuidad entre los diversos “campos de cultura”; y otra vez alude a la concepción social sancionada por la ideología religiosa, la laboriosidad de la economía y de “todos los otros campos de la cultura”.

Concepción de cultura que enlaza con la sucesión de generaciones y consiguientes mundanzas de los tiempos, “pues a medida que estos pasan cambian las condiciones de vida”. Y esto no con absoluta discontinuidad entre el derecho de ayer y el de hoy ni con alteración del fin de toda vida social que permanece idéntico; pero sí con el planteamiento e imposición de nuevos problemas que Su Santidad no esquivo, antes aborda con arreglo a la moderna técnica, empleando la voz cultura.

¿Cuál es el concepto de cultura, sobre todo desde que la palabra civilización se viene empleando como su equivalente, a partir del siglo XIX? Desde entonces y todavía hay un confusionismo. Quedan como unívocas las voces “ci-

vilización" y "cultura". Otros aplican la misma extensión a la palabra "progreso".

Sin embargo, tomando el sentido vulgar para entrar en el tema, es positivo que civilización—con la misma radical de "cives", "civitas" y "civilitas"—se refiere al conjunto de ideas, ciencias, artes y costumbres que forman el estado social de un pueblo; mientras que cultura—como "cultivo" y "culto"—parece que tiene más bien un ámbito y aspecto individual de adiestramiento y afinación del hombre por el ejercicio de sus facultades intelectuales.

De todos modos, históricamente la voz "civilización" ha sido en los comienzos del siglo pasado más usada por el vulgo y los tratadistas, hasta que la ciencia alemana hace de la Cultura, con mayúscula, una especie de símbolo y mito, en el que se abarcan la civilización y la vida misma de un pueblo y más aún lo que pervive de todos ellos.

Todavía nuestros autores y planes de estudio, aun los que se disputan hoy una cátedra de Historia de la cultura (1) y escriben la "Historia General de la Cultura", como Ferrándiz en su libro del 34, dan estas voces como equivalentes. Ferrándiz estima que la primera voz "civilización" se refiere a la manera de ser urbana, contrapuesta y aun superior a la rural; y se aplica al factor sociedad, de la que se dice que es civilizada por contraposición a bárbara. Según lo cual amplía el concepto de cultura (cultivo) que se refiere al hombre cultivado, culto, esto es, pulido por la educación y desarrollado en sus facultades mentales.

"Distinción sutil, concluye, no reconocida en la práctica, porque ambos conceptos coinciden en lo esencial y no hay inconveniente en usarlos de modo indistinto." De hecho así lo hacen los tratadistas españoles o españolizados. El padre Ruiz Amado, Obermaier: "Historia y orígenes de la civilización", en la Universidad de Oncken, Barcelona, 1917, etcétera.

En cambio, los alemanes se aferran al segundo vocablo: Alois Dempk ("Filosofía de la cultura"), Max Scheler ("El saber y la cultura"), etc.

Sin embargo, hay autores españoles que ya distinguen ambos conceptos, y entre ellos hay que poner a Balme en primera línea. El cual escribe en su "Epistolario": "En Cataluña tenemos la civilización española y la cultura francesa", como si la cultura fuese el camino presente, el proceso actual de formación, y la civilización fuera el depósito anterior que se conserva y el estadio la meta a que se llega.

Actuales conceptos de cultura

Salto esta parte de los comienzos del siglo XIX para entrar ya, por contraste, en el concepto moderno.

Desde Tolstoi, con su fanático retorno rousoniano a la Naturaleza, hasta Nietzsche, que en su falso desvarío filosófico llega a dogmatizar "todo y sólo cultura; ni religión ni derecho"; centran ambos extremos los que como Wilhelm Sauer en su "Filosofía jurídica y social" concluyen: "Palabra de modo oscura y vaga que cada cual interpreta a su manera; por lo que se comprende que toda ciencia exacta renuncie a ella." Las llamadas "Ciencias de cultura" se

contraponen a las llamadas "Ciencias naturales" (así en Windelband y Rickert) y se equiparan a las llamadas "Ciencias sociales e históricas".

Pero ¿y la Religión?, pero ¿y el Arte?

Formar el catálogo de los "bienes culturales" será siempre difícil porque siempre resultará incompleto.

Algunos comprenden en la Cultura: primero, Humanidad (con Religión y Moral); segundo, Instrucción (con Arte y Ciencia), y tercero, Civilización (con Cultura material, Economía y Ciencia).

Su centro de gravedad se fué desplazando del primero al segundo escalón y del segundo al tercero. Es decir, que cada cual interpreta la campanuda voz a su manera, por lo que se comprende que toda ciencia exacta renuncie a emplearla.

De aquí, o de otros prejuicios, han nacido conceptos peyorativos de la cultura. Los que vengan después de nosotros juzgarán increíbles—escribe Kidd en "The Science of power"—que en el Occidente moderno haya habido hombres que bajo los nombres de cultura y ciencia hayan defendido una "concepción de la vida" que mejor parecería propia de la infancia de la Humanidad.

Es curioso ver el proceso de estos autores modernos. Por ejemplo, antes cité dos profesores que se sucedieron en la misma cátedra de Filosofía de Heidelberg, Windelband y Rickert, que contraponen de una manera rotunda naturaleza y cultura.

Naturaleza frente a cultura

Rickert: "Los productos naturales—escribe—son los que brotan libremente de la tierra. Los productos cultivados son los que el campo da cuando el hombre lo ha labrado y sembrado. Según esto es naturaleza el conjunto de lo nacido por sí, oriundo de sí y entregado a su propio crecimiento. Enfrente está la cultura, en cuyo proceso existe o se procura siempre algún valor que en ella reside; y por eso a los objetos culturales los llamamos bienes.

"En cambio, los procesos naturales no son pensados como bienes y están libres de toda relación con los valores. Por tanto si de un objeto cultural se retira el valor queda reducido a mera naturaleza."

Religión e Iglesia, costumbres, Derecho y Estado, lenguaje, arte, literatura, ciencia, técnica y economía son, cuando llegan a cierto grado de desarrollo, objetos de cultura o bienes. La naturaleza se estudia con un proceder generalizador—ciencia natural—y la cultura con un proceder individualizador—historia—. Así Ciencia natural e Historia quedan como formalmente opuestas.

Pero según Windelband, su antecesor, aquélla busca leyes y ésta figuras, lo que acortaría el ámbito científico de la Historia reduciéndola a una serie biográfica, a una galería de retratos. Y no es eso: esas individualidades no tienen para el historiador un interés naturalista, un sentido biológico; sino que suelen ser ejemplares de un concepto más o menos universal.

"No recoge la historia el mero diferenciarse intrascendente que es propio de los individuos, sino su diferenciación o significación trascendente, que es lo histórico, porque encarna valores culturales, selección de lo esencial."

Ello implica valoración para seleccionar y simpatía e interés en el que ha de realizarse; determinación previa de los valores de cultura significa perfeccionamiento, superación de lo natural, tránsito del estudio natural a un estudio social superado por valores culturales.

Esta exaltación es continuamente realizable de hecho; por lo que siempre son imaginables más altos grados de perfección.

Así cultura es el conjunto de todas las tendencias valorativas humanas que se ordenan en un todo armónico. Es creación de lo que está por hacer (Ortega), elemento dinámico que valoriza los elementos de la actividad humana como fines relativos en función del fin último (Giménez Fernández).

Hasta aquí los pensadores; aunque no puedo tener la pretensión, no ya de agotar, sino de apenas indicar la catarata de bibliografía sobre el tema.

Desviaciones ultramodernas

Pero lo más grave es que ahora se dedican a estas ciencias personas que por su preparación, parecen ajenas a la filosofía. Estos señores, después de habernos declarado que en los estudios de la naturaleza nada tienen que hacer las "ciencias relativas al hombre", y de reconocer que éstas han avanzado menos que las "ciencias de las cosas", por lo que las cosas van tan mal; después de decirnos estas y mayores cosas, resulta que ellos, los hombres científicos, se dedican a esta nueva Filosofía. Y así nos encontramos con Sergio Tchaklotine, doctor en Ciencias—profesor de universidad—, autor de la "Microexperimentación en el estudio de la célula" (París) y de "La méthode de la micropuncture ultraviolette" (Berlín, 1935 a 36), que por estar especializado en Organización llega desde la "Organisation rationnelle de la recherche scientifique" (París, 1938) y de "L'organisation; principes et méthodes dans l'industrie, le commerce, l'administration publique et la politique" (Ediciones Estado, Moscú, 1925), a recopilar la "Littérature européenne sur l'organisation scientifique du travail" (id., 1924) y a formular la "Organisation rationnelle des instituts biologiques et techniques" y a estudiar la "Organisation rationnelle du travail mental du savant" (Berlín, 1930)...

Pues bien; ya en esta rampa escribe "Le viol des foules, par la propagande politique" (París, 1939) y en este folleto, más político que filosófico, equipara cultura humana a libertad y progresos materiales. Parte de la evolución del hombre hacia su emancipación, por el desarrollo de los gérmenes sublimes que atesora como "vaso de elección". Distingue las revoluciones que llama de pueblos (la francesa, la rusa) de las revoluciones de individuos (la alemana, la italiana). Sólo llama verdaderas a las primeras; y a las segundas contrarrevoluciones. Y, en fin, reduce el contenido cultural, prescindiendo de toda religión, a: arte, ciencia, técnica, idea social e idea filosófica.

En este libro tan mediocre, a pesar de y quizás por los títulos mismos de su autor, encontramos el original sistema de su paisano Pawlov.

Para Pawlov no hay más que instintos que los escalona y clasifica como las pesetas: 1, 2, 3, 4. La primera escala, o instinto número 1, es el más amplio; llámalo combativo o "de lucha", y abarca más que el segundo—el de nutrición—, porque la lucha, según él, nos alcanza a todos, y su exponente es Adler.

(1) Con posterioridad a la conferencia obtuvo la cátedra de la Central el profesor aludido.

La "nutrición" absorbe a bastantes, pero no a tantos, y el símbolo de este instinto se lo endosa a Marx. El tercer instinto, más reducido que los anteriores, es el "sexual": de él hace ponente a Fraud; y el cuarto, o de "maternidad", el más dulce, específico y limitado, este ruso se lo aplica a Nuestro Señor Jesucristo.

No voy a hacerlos perder mucho tiempo en el desarrollo de tan simplista teoría que asigna la primera pa-
reja de instintos al individuo, y la segunda a la especie; con el complicado juego de reflejos, absolutos o condicionados, dentro del marco de la educación, de la herencia y del medio, etc.

Teoría dorsiana

De tumbo en tumbo peregrinamos por el concepto de la cultura, al que dedica ensayos y conferencias Eugenio d'Ors y recientemente su libro "La civilización". Para d'Ors la cultura es el fin y abarca todo; también la civilización, que no es sino simple gradación hacia la meta que la sociedad ha de alcanzar. Para ello sienta unos cuantos momentos de la Historia, que llama epifanías o "manifestaciones", y son para él cuatro: la primera la sitúa en el siglo V antes de Jesucristo, en la Grecia socrática con la aparición del "Hombre" moral (Ética de Sócrates y los estoicos) y aun del plástico (canon de Policeto).

Después, de un salto que juzgamos mortal porque de hecho pasa por alto a Jesucristo dentro de la vida y de la historia, nos lleva al siglo V después de Nuestro Señor. Esta "epifanía" segunda es la de la "Ciudad" con el libro de San Agustín "La ciudad de Dios", y entonces dice que la Ciudad ha adquirido su papel protagónico. Luego viene la aparición del Estado—tercera epifanía—que pone en el siglo XIII, con el tratado "De Monarquía", del Dante, cuyo rumbo detiene Maquiavelo al pluralizarlo en los Estados modernos y en las monarquías absolutas. Sigue la cuarta "epifanía" del concepto de "Pueblo", que en el XVIII atribuye a Rousseau, y se pluraliza en "los pueblos" con Gianbatista Vico. En fin, la quinta "epifanía" es la de la Cultura propiamente dicha, la cual va recogiendo de los fenómenos y estudios precedentes—tradición—lo que tienen de constante—"eones"—, consagrando tales super-
viviencias con universalidad y solidaridad, esto es, sin limitaciones de espacio ni de tiempo.

Contenido histórico

Antes de pasar a leerlos unas palabras definitivas sobre cultura y cristianismo que pronunció Su Santidad el Papa reinante, cuando todavía era cardenal secretario de Estado, dirigidas al Presidente de las Semanas Sociales de Francia, convendría contrastar aquellos conceptos, más o menos filosóficos, con el efectivo contenido histórico de la cultura. Tomemos por ejemplo la "Historia universal", de Jastrow, traducida por Latorre, en la que separa lo que llama las "culturas orientales de los grandes valles", anteriores al siglo V (Nilo, Tigris, Eufrates, Indo-Ganges, Hoangse-Yansikian), y las "culturas occidentales de las grandes ciudades" (Grecia, Cartago, Roma y Bizancio). En las primeras, escasas comunicaciones; sólo por la guerra o la esclavitud o a través de ríos y, por excepción, de mares; exponente de ella la de los fenicios, últimos comerciantes de esta época y transición a lo histórico. Después de iniciadas las culturas urbanas occidentales se dan reacciones culturales entre Occidente y Oriente, como la de las Cru-

zadas; o por las corrientes comerciales (la seda, la especiería), hasta que se lanza del Mediterráneo a los grandes mares en busca de mayores descubrimientos.

Sin entrar en los procesos culturales superiores que apunta Jastrow, observemos que sigue el sistema de expansión por mares. Primero: anterior al Mediterráneo o Edad primaria, con mares como el Indico, de 75 millones de kilómetros cuadrados, sin utilizar. Segundo: de la Antigua a comienzos de la Media, que tiene como centro el mar Mediterráneo (Mare Nostrum), tres millones de kilómetros cuadrados. Pasa el tercero a la Edad Media, y nos encontramos con que la proyección marítima es la entrada en el Báltico y en el mar del Norte; sólo otro millón de kilómetros cuadrados. El cuarto o Edad Moderna, es el estadio del mar Atlántico, con sus 102 millones, y los descubrimientos de españoles y portugueses. En fin, se llega a la mal llamada Contemporánea, en que empieza a presidir e' todavía peor llamado mar Pacífico, con sus 180 millones de kilómetros cuadrados y los millones también de problemas que le tiene planteados al mundo.

Degeneración materialista

Pero estas son, diríamos, las evoluciones culturales históricas conocidas. Hay otras que hacen los tratadistas, alrededor de las actividades de los pueblos, distinguiéndolos en cazadores, pescadores, ganaderos; pueblos agrícolas, comerciantes, industriales, técnicos, etc. A su lado, el criterio económico: de economías domésticas cerradas, de economías urbanas, de economías nacionales, de soñada economía internacional. Última fase de esta apreciación materialista de la cultura, es la división tripartita de Carlos Marx: "época cristiana" o feudal, la más extensa, dominada, según él, por la Iglesia; "época capitalista", en que el progreso de la ciencia y de la técnica engendra el predominio económico; y "época socialista", que ahora comienza y es fructuosa y secuela de la anterior.

Luz en el caos

Cuando se llega a este caos simplista y descorazonador, Su Santidad, que como veis ha empleado la palabra cul-

tura al lado de religión, pero no apartándola como ha hecho Ortega y Gasset del cuadro de los valores culturales, Su Santidad, adelantó esta glosa de los párrafos que nos ocupan de su augusto Mensaje, aclarando mejor que nadie el concepto que tiene del Cristianismo como inspirador y alentador de toda civilización que merezca tal nombre.

"Si toda civilización proviene de una cultura—escribía el Cardenal Pacelli, hoy Pío XII, en 11 de julio de 1936 al presidente de las Semanas Sociales de Francia (1)—también toda civilización se enraiza en último análisis en un problema de orden espiritual, según la concepción que los hombres se hacen de la vida, de su origen y de su destino."

"Inspirándose frecuentemente en principios erróneos; cegadas por la ambición, por el deseo desordenado de los bienes terrestres; arrebatadas por el torbellino de una concurrencia desleal; dedicadas a superarse unas a otras, las diversas civilizaciones ofrecen frecuentemente un dolorosísimo espectáculo de antagonismos y de odios, de lucha y de rivalidad."

Fórmula cristiana

"Pues bien—concluía el entonces Cardenal secretario de Estado—; el Cristianismo aquí, como siempre, se presenta como salvador: realiza, en efecto, "el hombre nuevo", moralmente perfeccionado como individuo y como miembro de la sociedad, habituado a considerar los bienes de aquí abajo, sobre todo la vida presente, como el medio de elevarse a una vida superior y eterna."

Su unidad informa, no uniforme

"El cristianismo trabaja para realizar en el terreno espiritual una tarea de comprensión, pacífica y bienhechora, y dirigiéndose con sus notas de universalidad y de unidad a lo que hay de constante en todos los hombres aproxima por eso mismo y estrecha sus lazos de amistad o, mejor, de parentesco en el seno de la grande y única familia de los hijos de Dios y de los hermanos de Nuestro Señor Jesucristo."

"Pues, a pesar de las variedades y contrastes, el hombre sigue siendo el hombre en cualquier tiempo y país en que viva. Su creación fué sellada por la unidad."

"La naturaleza humana, dotada de inteligencia y de voluntad, proveniente de una sola fuente original, nacida de un mismo principio, destinada al mismo fin supremo, que es Dios, debe encontrarse en su fondo en todos los estados de su progreso material y espiritual: las mismas necesidades vitales, a las que sólo el Cristianismo puede satisfacer exhaustivamente."

"Además, extendiendo a toda la humanidad, sin distinción, los infinitos tesoros de orden sobrenatural de los que Nuestro Señor constituyó a la Iglesia depositaria y distribuidora, el cristianismo hace suyo el programa del Apóstol: "Omnia et in omnibus Christus". (Col III, 2.)"

"Así informará el Cristianismo a todas las civilizaciones, dándoles un alma común, lo que no significa que la Iglesia quiera hacer entre los pueblos una obra de nivelación, de unificación o de uniformidad, que sería contra natura. La Iglesia se ha mostrado siempre respetuosa con sus caracteres distintivos, con sus aportaciones particulares y legítimas, según demuestra la Historia."

(1) Lyon, 1937.

Ejercicios espirituales

DEL 2 AL 8 DE MAYO

En Alcauás (Valencia).

Director: ilustrísimo señor don Juan Hervás, Obispo Auxiliar de Valencia.

Inscripciones: en la Secretaría del Centro, calle del Pintor López, número 3. Valencia.

DEL 26 DE JUNIO AL 2 DE JULIO

En la Santa Cueva de Manresa.

Director: reverendo don Angel Herrera Oria, presbítero, ex Presidente de la A. C. N. de P.

Inscripciones: don Francisco de A. Manich, Secretario del Centro de la A. C. N. de P., Lauria, 7, principal. Barcelona.

Antídoto y levadura

“Completamente opuesto a las culturas de invención humana, siempre limitadas, incompletas, falibles, el Cristianismo, por encima del tiempo y del espacio, resplandeciente de luz y virtud se dirige a los hombres para conducirlos a todos a Dios, aunque por caminos diferentes. Y así el Cristianismo, en definitiva, será siempre, por voluntad del Dios Hombre, el soberano inspirador y la activa levadura de toda la cultura y de todas las civilizaciones.”

En resumidas cuentas: Su Santidad nos previene que, sea cualquiera el concepto de cultura que se admita, el Cristianismo debe tener confianza en sus salvadores principios sobrenaturales, que son los únicos que pueden redimir y superar aquellas enrevesadas y casi siempre disparatadas concepciones técnicas, y estas fracasadas, por deficientes, aplicaciones prácticas.

Aplicaciones

Nos pide a los que podemos colaborar en esta restauración, y todos podemos hacerlo, oscura o brillantemente:

Primero. Que no nos atengamos a un criterio estático de fósil, pensando que toda evolución es mala; o con ciega pretensión retardataria nos empeñemos en negar o desconocer problemas ineludibles que necesariamente nos plantean las nuevas generaciones. Por ello condena “el fijarse o aferrarse, duro, obstinado y puerilmente testarudo a lo que existe”.

Segundo. Que no huyamos nuestra actividad al estudio y solución generosa y cristiana de estos mismos problemas, en cuanto pueda estar de nuestra parte; pues a la repugnancia a aplicarles la mente la llama “hija de la pereza y del egoísmo”.

O sea, que el Padre Santo nos pide frente a los vastos problemas de los varios campos de cultura, que son “inaplazable necesidad del presente”, comprensión y actividad.

Tranquilidad activa

Al llegar a este punto entramos en la segunda parte y la más emotiva del párrafo cuya glosa me está encomendada. Dice el Padre Santo: Tranquilidad, en el sentido de Santo Tomás, es “ardiente o ferviente actividad”; es decir, que contra el concepto vulgar y ordinario de que la tranquilidad es una especie de ausencia de preocupaciones, el Padre Santo nos amonesta: “No; la tranquilidad del Apóstol está llena de actividades y preocupaciones, aunque el premio celestial de estos afanes apostólicos sea la tranquilidad y paz interior. Hay que multiplicarse y triturarse para trabajar por Cristo y sufrir con Cristo para vencer con El.”

Y luego, pensando que tan levantado ideal es el que mejor pueda seducir a los jóvenes, les dice: “Y precisamente a vosotros, jóvenes, inclinados a volver la espalda al pasado y dirigir al futuro la mirada de las aspiraciones y esperanzas, os ofrecemos, movidos de vivo amor y de paternal solicitud: exuberancia y audacia, de suyo, no bastan si no son puestas, como es menester, al servicio del bien y de una bandera immaculada.”

Juventud compensada

“Vano es agitarse, fatigarse, afanarse sin descansar en Dios y en su ley eterna. Conviene que estéis animados por el convencimiento de que lucháis por la verdad y le hacéis consagración de las propias simpatías y energías,

de vuestros anhelos y sacrificios: de que combatis por las eternas leyes de Dios, por la dignidad de la persona humana y por la consecución de sus fines.” (Las ligeras variantes que notéis en la versión del texto pontificio las tomo de la publicada en “Razón y Fe”, a cuya espléndida y acogedora biblioteca, y a la de mi colegio salesiano de Utrera, debo la mayoría de mis notas.) “Donde hombres jóvenes y maduros—continúa el Mensaje—, anclados en el mar de la tranquilidad eternamente viva de Dios, coordinen con genuino espíritu cristiano la diversidad de temperamento y actividad allí, si el elemento propulsor se acopla con el frenador, la diferencia natural entre las generaciones no se hará nunca peligrosa, sino al contrario.”

Es decir, que el Padre Santo previene a los jóvenes de que no prescindan de los hombres maduros (en realidad no habla de los viejos); al contrario, han de contar con ellos como freno de su juvenil impulso. Freno y motor acoplados, armonizados. Es muy curioso; pues, lo mismo que Su Santidad demuestra estar a la altura de la técnica más reciente al hablar de la cultura, y de las exigencias de tiempos y generaciones nuevos, también demuestra poseer hondo conocimiento histórico de la humanidad, y psicológico del corazón humano, al pedirnos esas mutuas compensaciones de juventud y madurez.

Ola antihistórica

Tomaba yo de uno de los libros consultados, frase parecida a esta: “La historia actual toda es motor, pero carece de freno histórico.” He aquí el movimiento antihistórico, mal de nuestros días y achaque propio de jóvenes. Creen ingenuamente, al grito de “Queremos volar, no sabemos a dónde”, que la historia comienza con ellos mismos, y que integra la tienen que tejer ellos, porque está toda por hacer. ¡Quién no ha sentido en su mocedad ese impulso vanidoso, que desprecia los mismos cimientos en que se apoya! Y, sin embargo, cuando uno va analizando la realidad, al cabo de los años, y estudia la aparición de los grandes hombres y de los grandes pueblos; la posición que adoptan frente a estos fenómenos filósofos, historiadores y psicólogos, investigadores del acto y del corazón humanos, se ve cada día más claro que hay que contar con la edad madura; con el lastre, si queréis, de su experiencia. Los mayores y mejores frutos, son frutos de madurez. Ahí está la figura gigante de Balmes, en el centenario de cuya mejor producción estamos. Ante su ejemplo, dice uno de sus biógrafos: “Quien se ponga a escribir antes de los treinta años sin haber dedicado la edad de oro de su vida—de los veinte a los treinta— a leer, observar y meditar, no escribiendo una sola línea, está en riesgo de perder el buen sentido y de no ser sino un peón literario.”

Con esta idea el mismo Balmes advirtió a un amigo precoz: “Si bien adquieres ahora el nombre de “joven” escritor, pierdes, en cambio, la esperanza de ser, con el tiempo, un “buen” escritor.”

Este principio lo vemos consagrado en la sagrada Biblia y desde la antigüedad clásica hasta el presente.

Textos probatorios. Pasaje bíblico

Es conocido el pasaje del libro de los Reyes, capítulo 12, sobre la sucesión al trono de Salomón.

Pinta a Roboán, príncipe heredero, que se restituye de Egipto y oye quejas del pueblo sobre el yugo pesado que le había impuesto su padre; “Así ahora — le pedían — tú suaviza algún tanto aquella extrema dureza y pesadísimo yugo y te rendiremos vasallaje”. Consulta primero a los ancianos que constituían la corte de Salomón, después a los jóvenes que formaban la suya, de príncipe heredero. Los primeros le piden que acceda, con dulzura, a aliviarles el yugo, con lo que ganará su sumisión. Los segundos, los mozos, le aconsejaron que respondiera al pueblo: “Es más grueso mi dedo meñique que los lomos de mi padre. Ahora bien; si mi padre os impuso un yugo pesado, yo aumentaré aún el peso de vuestro yugo; si mi padre os azotó con correas, yo os azotaré con escorpiones.” Así lo dijo al tercer día con violencia; despreció el consejo de los ancianos y se jugó el amor del reino.

No quiso condescender con el pueblo, porque el Señor le había dejado de su mano. Y consiguió que el pueblo replicara: “¿Qué tenemos que ver nosotros con la familia de David? Vete a tus tiendas en Israel, y tú, joh, hijo de David!, provee tu casa.” Es decir, que Roboan, por seguir el indiscreto consejo juvenil, perdió el trono de Israel y solo malgobernó en Judas.

De la filosofía griega

Si vamos a los clásicos, la tendencia es la misma. Creo que es Sócrates el que se encaró con un joven pretencioso que quería gobernar a su pueblo. Sócrates—comadrón de ideas—le va acorralando con su sistema eurístico o de preguntas como las siguientes: ¿Quieres gobernar a tu pueblo? Luego sabrás: ¿Cómo es? ¿Con cuántos ciudadanos, riquezas y fuerzas cuenta? ¿Y las de sus vecinos y enemigos, etc.? El joven le va contestando que no; hasta que, convencido de que no sabía nada, renuncia a improvisar un gobierno, basado en la osadía de la ignorancia.

Platón organiza en tres estadios escalonados a su República: pone en el primero a los trabajadores, comerciantes y labriegos, lo que llamaríamos el estómago y órganos inferiores del país; después, va el estadio de guardianes o defensores, esto es: de los caballeros, corazón y brazos defensores; y por último, asciende al de los gobernantes, magistrados o cabeza rectora. Los aísla entre sí, como departamentos estancos; y si permite que los caballeros pasen a magistrados, es después de probarlos y formarlos quince años (a partir de los treinta y cinco), esto es, cuando cumplan, por lo menos, cincuenta años; sólo entonces los autoriza para gobernar y a condición de que sigan estudiando.

De la política romana

También en el capítulo VI “De Senectute” escribe Cicerón:

“Entre los lacedemonos, aquellos que ocupan los altos cargos de la magistratura siempre son, y así se llaman, ancianos (senes), pues si os aplicáis a la lectura de las historias, hallaréis que las más poderosas repúblicas han sido arruinadas por los jovencuelos, y, en cambio, se han mantenido y rehecho por la prudencia de los hombres maduros. Vamos a ver, se pregunta en un diálogo del poeta Nevio: “¿Cómo tan rápidamente habéis echado a pique imperio tan potente?” Y responde, entre otras cosas interesantes, lo que sigue: “Se apoderaban del mando políticos

(oradores) noveles, necios (ligeros), jovencuelos (adolescentes). Es que la temeridad suele acompañar siempre a la edad juvenil, y la prudencia es patrimonio de la edad madura."

De la orgánica moderna

En la Edad Moderna San Ignacio recabó siempre para gobernar la prudencia. Así el padre Rivadeneyra, cuando hace el elogio de su Padre y fundador, admite que los habrá habido más santos que él, pero más prudentes, no.

Bien se entiende que cuando hablamos aquí de la juventud y de la función juvenil, aunque hayamos citado fechas y edades, no nos ceñimos estrictamente a la juventud cronológica; hablamos del ímpetu juvenil y de la edad como tipo medio entre los altos niveles de la vida y los impulsos de la mocedad inexperta.

Al padre Pedro Messeguer, de la Compañía de Jesús, debemos la traducción de este párrafo de "Los estratos de la personalidad", obra de Erich Rothcker (1941). Refiriéndose a la organización prusiana, declara: "No coincide la decadencia fisiológica con la intelectual en el avanzar de la edad. En el boxeador, las mayores realizaciones comienzan a decaer a los treinta años; pero ¿quién podría dar cuenta del envejecimiento de otros órganos?" La organización prusiana tradicional, a los jefes de sesenta años, los hacía acompañar de un Estado Mayor joven, presidido por un hombre maduro (cincuenta años).

Resumen práctico

En una palabra; y con esto puede decirse que termino la glosa de los párrafos del Mensaje que me han cabido en suerte. Su Santidad nos recomienda tres cosas que conviene tenerlas en constante presencia: primera, que es preciso que nos dediquemos al estudio y al trabajo para contribuir con generoso esfuerzo a la solución de los graves problemas presentes; segunda, que tengamos plena fe en los eternos principios del cristianismo, únicos que pueden salvar al mundo, deshecho por los errores materialistas; y tercera, que en esta fórmula de comprensión, de decisión y de sacrificio, el impulso juvenil debe acoplarse con el elemento refrenador de la edad madura; y ambos actuar, compensados, en Dios y por Dios.

Nuestro puesto

Llega con esto el momento de hacer aplicaciones prácticas al estudio que se nos propone. ¿Cómo está nuestra Asociación para recoger estos llamamientos? El Papa se refiere siempre a los grupos mejores y más selectos, más influyentes y dispuestos; personas convencidas y entregadas al servicio de Dios, espíritus nobles y fieles al Señor. Su Santidad insiste: "Toca a estos miembros de la cristiandad, penetrales de un entusiasmo de cruzados, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de: "¡Dios lo quiere!", prestos a servir, a sacrificarse como los antiguos cruzados. Señala, pues, el puesto de vanguardia de esta cruzada a los grupos selectos; y entre ellos debe siquiera por el buen deseo comprenderse a nuestra Asociación, para que labore en esta renovación espiritual. Debemos pensar: ¿Qué nos espera a nosotros en esta cruzada?"

Nuestro campo

¿Cómo está España para recibirla?, y, ante todo, ¿qué es España? Yo no

puedo contestar, intentando una supremacía y difícil síntesis, que sería objeto de más grave estudio. Pero quisiera que fuéramos todos trazando algunos de sus jalones. Para emprenderlo, me he valido de Balmes, que ve España —la de hace un siglo— a través de su extensa obra. Balmes dice que en España hay un elemento que es salvador; que es la visión poética que tenemos de la vida, visión en cierto modo reflejo de la visión sobrenatural que no ha sido aún arrancada del todo a nuestro pueblo. Sostiene, y más fácilmente en sus días; que en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la más alta importancia; en esa poesía viene expresado el fenómeno que revela uno de los más poderosos sentimientos que se albergan en el corazón de los españoles; en esa poesía está la clave de la situación, nuestra estrella política; quien la pierda de vista, sumirá al país en nuevos abismos; quien se guíe por ella, lo salvará.

Nos transporta este problema al de la religiosidad, o mejor al catolicismo español. Hay que distinguir dos fracciones—según el filósofo de Vich—: la de las grandes ciudades y la de los campos y montañas. Las capitales, desde unos treinta años—decía en 1840—, han sido invadidas, no por la civilización, sino por la cultura extranjera, que ha sacudido fuertemente las costumbres y tradiciones patrias y producido salvajadas contra la religión. La gran muchedumbre del pueblo, dispersa por la nación en los pueblos y aldeas, generalmente se conserva íntegra por no haber recibido otra influencia moral que la de la religión. (Desgraciadamente las más benévolas estadísticas no darían hoy la razón al filósofo; pero sobre los números fríos, está la realidad de un fondo religioso español, desviado y atrofiado quizá, pero latente.) "España sólo tiene dos clases de personas irreligiosas: los pervertidos por la mala prensa y los educados sin religión; unos y otros son una pequeña minoría entre los catorce millones de españoles. (Hoy han aumentado un 50 por 100 la desproporción y la población.) Entre nosotros no existe término medio entre catolicismo e incredulidad. Quien deja de ser católico no se preocupa de hacerse protestante, sino que queda en una incredulidad cada vez más inclinada hacia el escepticismo."

Nuestro objetivo

Si pensamos con Balmes que la religión es la mejor filosofía de la historia, sobre todo de la historia de España, aspiremos, primero, a formar en nosotros lo que llamaba el hombre completo: "con el entendimiento sometido a la verdad, la voluntad sometida a la moral, las pasiones sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido elevado por la religión". Para alcanzar con estos "hombres completos" lo que él reputaba el máximo de civilización, que: "sólo existirá cuando coexistan y se combinen en el grado más alto, la mayor inteligencia posible, en el mayor número posible; la mayor moralidad posible, en el mayor número posible; el mayor bienestar posible, en el mayor número posible." Y con esto afrontaba lo que presentía como porvenir de las naciones civilizadas, el cual, en frase del gran escritor, "entraña acontecimientos tan colosales, y mudanzas tan profundas que, probablemente, nosotros no nos formamos de ello ninguna idea, ni somos capaces de formarla".

Conclusiones finales

Sobre tales bases formularemos, para terminar, las siguientes conclusiones resumen de la voz del Pontífice reinante:

A) La cruzada a que nos llama Su Santidad en estos aciagos días de fracaso de la civilización neopagana, es la que se propone restaurar el orden cristiano en la sociedad futura; de modo que el cristianismo informe todas las civilizaciones cáncroles un alma común; y siga siendo el soberano inspirador y la activa levadura de toda cultura.

B) Dicha cruzada requiere, según la mente del Padre común: comprensión para las inevitables mudanzas de los tiempos; renovada energía con que acometer la solución de los problemas planteados por las nuevas generaciones, y convicción de que en la mentalidad del apóstol han de aparecer unidas la tranquilidad y la ardiente actividad.

C) El Padre Santo, al grito de Dios lo quiere", invita a ponerse al frente a los grupos selectos de espíritus más nobles y fieles al Señor, y los exhorta a luchar por la verdad y los nobles ideales, compensando el elemento propulsor juvenil con el moderador de las generaciones maduras; por que de ellos pase y se comunique a las multitudes, como savia redentora el espíritu de Cristo, salvador nuestro.

Observaciones de los cursillistas

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ: Hemos oído a Cervera y se abre el capítulo de preguntas y objeciones.

Enrique GIMÉNEZ-ARNAU: No es una objeción lo que voy a hacer sino más bien una pregunta, que no quiero que se tomara como capciosa, y sería pagar mal la disertación brillantísima de Cervera; y acaso todavía más que una pregunta es sugerir una consideración por si algún día se lleva a efecto ese proyecto que tenemos de publicar lo que vayamos haciendo en este curso y formular unas conclusiones de carácter práctico. La pregunta es ver cómo se pueden compensar, compaginar, las afirmaciones del Pontífice en orden a la función que corresponde a las minorías selectas, con el sentido democrático cristiano que se desprende de todas las encíclicas. Es decir, ¿la misión de las minorías selectas es meramente de formación indirecta, pudiéramos decir de apostolado, o es una misión directiva o gobernante?

Francisco CERVERA: La pregunta de Giménez-Arnáu es el punto neurálgico que yo he querido evitar en mi ponencia, aunque todo el tiempo lo he tenido presente. En política, todo lo que no es posible es falso. Y ante esta dificultad ¿podemos nosotros influir simplemente como teóricos? Creo sinceramente que si no pasamos de consejeros, estaremos quizá disertando para generaciones futuras y no veremos ni el resultado ni quizá su comienzo. También creo que, aunque tengamos muchos el desencanto de la política, tenemos que infundir a las nuevas generaciones que se aproximan a nosotros, el espíritu de trabajar dentro del campo político, mejorándolo cuanto sea posible.

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Giménez-Arnáu empieza siempre sus intervenciones disculpándose, yo creo que con temor, de lo que va a decir.

Un apostolado que debe ejercerse es el de la política. Es decir, así como en la Acción Católica hay una parte de los dirigentes de la misma a quienes la misma Iglesia obliga a separarse de los partidos políticos, como también en la

ORDEN Y TRANQUILIDAD. LA EVOLUCION SOCIAL

Ponencia de D. Luis SANCHEZ AGESTA

Don José María SAGÜES: Por primera vez en estos tres años y medio falta nuestro Presidente. No ha podido venir por impedírsele el médico, pues aunque no está en la cama, está moles to por la gripe. Ha sentido mucho no asistir y me ha encargado que saludé a todos.

Lo ha sentido más porque hoy actúa en nuestro Círculo por primera vez Luis Sánchez Agesta.

Yo creo que después de celebrado el Círculo, en el acto de la bendición, debemos pedir por su salud, por que se restablezca pronto y totalmente y para que Dios nos lo conserve muchos años.

El ponente de hoy es Luis Sánchez Agesta, catedrático de Derecho político de la Universidad de Granada. Ha explicado este tema en los cursos de verano organizados el año pasado por la Junta Técnica de Acción Católica y también, a encargo nuestro, fué el que hizo el primer proyecto del temario que estamos estudiando. El señor Sánchez Agesta va a explicarnos la continuación de la ponencia octava, que el día anterior expuso Francisco Cervera. Tiene la palabra.

El Sr. Sánchez Agesta

Don Luis SANCHEZ AGESTA: Antes de entrar en la exposición del tema quiero hacer dos observaciones. Este tema parece tener dos partes. La primera es un pequeño apéndice de los temas anteriores; la segunda comprende dos epígrafes capitales: el falso orden social y su reforma. Esta última parte es la más importante de este tema de hoy, que parece, por la estructura general del programa, estar como montado sobre las dos vertientes del sistema de este cuestionario; una es la descripción del viejo orden social, y la segunda representa los principios positivos que Su Santidad propugna para trazar un orden nuevo. Por eso voy a detenerme en estos problemas y trataré del primero incidentalmente.

La segunda observación es que sé por José María Sagüés que las "ideas generales" han sido denunciadas públicamente y aun creo que desterradas de este Círculo. Por el carácter de este

tema, montado sobre esas dos vertientes, he de recoger forzosamente todas las ideas generales referentes a esos dos grandes aspectos de la cuestión. Os pido un poco de benevolencia para ellas y paso a desarrollar el tema.

En tiempos de crisis escuchamos cada día términos a los que se atribuye un valor trascendente, sin que esos términos correspondan a un concepto preciso ni apenas a una realidad. Son palabras abiertas a mil posibilidades, voces con que en el espasmo de la crisis y en el forcejeo de una vida nueva se intuye o imagina una nueva realidad. Lo que pierden en concreción lo ganan en valor energético y su misma simplicidad e indefinición imanta las voluntades y deslumbra las inteligencias.

A los conceptos precisos y medidos, pero gastados, de la forma vieja, se oponen estas palabras indefinidas pero sugestivas en su propia indefinición de la forma nueva. Las primeras eran como los signos de un teorema matemático cuyo valor conocemos exactamente; las segundas son palabras calientes e imprecisas como la vida en que nacen. Son signos de posibilidades en acción; palabras fáciles, sugestivas, alentadoras y sobre todo cómodas, porque se prestan a mil significados. Pero también equivocadamente peligrosas, porque incitan la tentación de tomar la paja de la palabra por el grano de la cosa. La ingrata tarea que la ciencia y la política comparten es aventar la paja para sacar a luz el grano. Bajar desde el término a las realidades, hacer que las palabras vuelvan a ser conceptos y que los conceptos puedan expresar realidades.

En los labios de los dos bandos en guerra está hoy prendido uno de estos términos expresivos como ningún otro de un tiempo de crisis: "Orden nuevo". Pocos términos tiene una impronta tan clara como este de angustia y ajeno. Son palabras de rancio abolengo que han acompañado todos los dolores de parto de la humanidad con la específica seducción de sus dos términos. El "orden" es símbolo de unidad, de claridad, de fuerza, de rectitud en el impulso y de sazón en la obra. "Novedad"

es la palabra que específicamente desasosiega al hombre satisfecho y salva al angustiado. "Maquinar novedades" era una frase hecha del latín clásico patricio para acusar donde apuntaba una subversión; pero el alma desesperanzada, por el contrario, siente saltar el corazón en el pecho ante el anuncio de una novedad. No en balde un mundo agostado escogió para la palabra redentora el nombre sugestivo e incitante de la "buena nueva".

El término parece como si diera un tajo en el hilo de la historia, cesando una etapa para abrir un nuevo horizonte. "Antigua y moderna vía" distinguían las universidades cuando en el siglo XV comienza a transformarse el orden medieval; "ancien", "nouveau" "regimen" discriminaron los visionarios de la Revolución francesa. Viejo y nuevo orden quiere distinguir el hombre actual con la esperanza de que la paz abrirá el horizonte de una humanidad más justa. Pero con esa definición de palabra mítica la voz se escucha en los labios y se recoge en la pluma de los dos bandos contendientes. Sobre la guerra de las armas se cruza el término en la guerra de palabras. Todos están con cordes en que hay en el mundo algo que liquidar. La paz es siempre orden, pero ésta tendrá esa fundamental novedad. Su orden será un orden nuevo.

Su Santidad Pío XII, en sus reiterados "Mensajes de Navidad", muestra plena conciencia del valor de estos términos. Con sólo un adjetivo aparentemente halagador pone en evidencia toda su peligrosa fuerza. "Expresión seductora" la llama, cuya aparición en el trance de la guerra encierra "una notable y sintomática importancia". La voz del Pontífice va separando la paja de la palabra y el grano de la cosa. El que los hombres deseen un nuevo orden quiere decir que nos es posible y deseable un retorno a las condiciones anteriores; que al presente falta algo; que vivimos en un proceso de transformación que marca claramente el comienzo de una nueva época. Y consciente de su magisterio, Su Santidad ha intervenido periódicamente en la fecha solemne de Navidad para mostrar las lacras que engendraron la corrupción del orden viejo y proclamar los principios que deben dar contenido al orden nuevo, haciendo así que a la seducción de la palabra corresponda una realidad no menos seductora.

Vamos a estudiar haciendo una a manera de liquidación las causas de corrupción que engendraron la falsedad e ineptitud del presente orden social y las orientaciones que el Pontífice marca para la constitución del orden nuevo.

A) El viejo orden social

En el primer aspecto se han de repetir necesariamente ideas conocidas y ya expuestas con anterioridad. A grandes rasgos pueden resumirse en tres puntos el análisis que Su Santidad ha realizado insistentemente en los distintos mensajes: secularización del pensamiento político, materialización de la acción política consiguiente a esta secularización, falta de unidad entre los elementos de orden social que determina

Asociación de Propagandistas, en la que el Presidente no puede pertenecer a ningún partido político, en cambio los socios de Acción Católica y los propagandistas pueden y hasta deben intervenir en el campo político. En una palabra: yo creo que una minoría capaz de propagar es una minoría que fatalmente llega a gobernar. Y yo excitaría a todos los que no tengan razones especiales para prescindir de su vocación política, a que aspiren siempre a tomar parte activa en la gobernación del Estado, en los puestos en que la Providencia les reserve. Esta es una idea que creo que todos debemos tener muy clara, y precisamente mi consejo es totalmente desinteresado, puesto que yo estoy fuera por completo de ese ambiente. En una palabra: los católicos españoles, en general, tenemos o hemos mantenido una actitud de prevención frente al Estado. Nunca hemos creído que el Estado debía o podía ser nuestro. Totalmente nunca, claro está, porque

los católicos no somos el 100 por 100 de la población, pero sí parcialmente nuestro. Quizá los católicos españoles—y me refiero especialmente a las personas más cuidadas de su religiosidad—hemos sido víctimas de un atavismo campero, de un atavismo bélico que nos ha situado frente al Estado. Quizás y sin quizás, y termino con este ejemplo, históricamente el pensamiento de Cánovas del Castillo fué que el partido conservador, que él dirigía, fuera el centro de la Restauración; que a la izquierda quedaran los liberales y a la derecha otro nuevo partido que muchas veces se intentó constituir, que recogiera a todo el tradicionalismo, que se pudiera hacer compatible con la nueva monarquía. Este intento derechista de Cánovas del Castillo fracasó y la restauración alfonsina quedó desde su nacimiento descentrada y desviada hacia la izquierda, porque en el grupo de derechas alfonsino falló lo que debió ser un partido. Que esta lección no la perdamos nunca de vista.

la tensión entre ellos y la intranquilidad de la vida política contemporánea.

1.—La secularización del pensamiento

Exponer el proceso de secularización del pensamiento occidental nos llevaría muy lejos; vamos a limitarnos a señalar tres estudios de ese proceso que van marcando la curva de su movimiento. Con títulos un tanto caprichosos quizá podríamos denominarlos "autonomía de la razón", "divagación de la razón" y "fijación de la razón en el hecho". En el primer aspecto describir la desecristianización del pensamiento occidental nos llevaría a repetir los tópicos más manidos en que se expresa el juicio concorde sobre este proceso que da un tinte característico a la historia de Occidente. Baste sólo aludir a sus perfiles más conocidos, que pueden cifrarse en el intento de construir el contenido de todas las ciencias con independencia de su encaje y fundamentación en el orden divino. Maquiavelo va a trazar unas normas de la política en que se preceptúa al príncipe que siga o no los dictados de la moral y la justicia según las conveniencias de cada circunstancia; la política se ha desentendido de la moral. Grocio va a formular unos principios del Derecho cuya validez no tiene otra instancia que la razón humana, validos "etsi daretur non esse Deus"; el Derecho se ha desvinculado de un orden divino. La economía se va a constituir como una ciencia autónoma desligada de valoraciones, basada en un principio egoísta de la naturaleza humana y sin otra medida ni fin que el estímulo de lucro; la vida económica se ha desentendido de toda valoración espiritual. La Filosofía, por último, va a sacudir el yugo de la Teología para acabar señalando con Kant que el conocimiento teórico no puede demostrar la existencia de Dios, pero que éste es, en cambio, una necesaria consecuencia de la razón práctica: la hermandad de razón y fe que Santo Tomás construyó queda definitivamente zanjada para el hombre moderno.

Y esta razón autónoma adquiere un vuelo propio de un carácter singular. Es una razón que duda de sí misma, que se complace en dudar y que tiene un regodeo específico en las dudas que se propone. Hay un momento en Europa en que parece que el hombre no piensa para vivir, sino que vive para dudar. Se va a adquirir crédito por exponer en forma sugestiva cualquier error viejo de la humanidad a condición de que la exposición sea bella en su forma y sin atender a los resultados prácticos a que el pensamiento haya podido llegar. La inteligencia se complace en pensar por pensar y se aplaude el mero ejercicio del pensamiento, sin prestar atención a lo sano del fruto que pueda haber producido esta labor. La inteligencia se hace deporte. Y así como el esfuerzo del trabajo se mide y se compensa por sus realizaciones y el deporte por el mero ejercicio y la autocomplacencia de realizarlo, esta inteligencia deportiva no atiende ya a medir los frutos, sino al placer del esfuerzo puro. Hay en el "Nathan" de Lessing una expresión que define el alcance de esta divagación de la inteligencia. Al simbolizar la figura del sabio nos dice que entre la verdad y el camino de la verdad preferiría el camino.

El mismo esfuerzo de la Filosofía por cubrir ese hueco que en la explicación del mundo ha producido ese proceso de desecristianización queda fallido en la

misma multiplicidad de sistemas contradictorios entre sí que aparecen en Europa. Dilthey nos habla del desaliento con que esta multiplicidad concurrente de sistemas quebró en los hombres el aprecio a la Metafísica. Los sistemas acaban así por no tener valor sino para sus fundadores y un corto número de adeptos y discípulos de la escuela. Todos ellos son en su conjunto una especie de recreo para el profano que gustó del ejercicio del pensamiento, una desesperada angustia para el que iba a ellos buscando la verdad y sólo tienen un valor relativo para el profesional de la Filosofía (la filosófica se ha convertido en nuestro tiempo en una profesión), que ve en ellos una evolución de problemas, distintas posiciones del pensamiento o concepciones típicas del mundo.

El tercer momento a que nos referimos al hablar del proceso de secularización del pensamiento está caracterizado con la aparición en la escena del mundo europeo de un curioso personaje, que puede decirse que sella el perfil de todo el siglo XIX. Este personaje, cuya epopeya no se ha escrito, es el hecho. La razón encuentra el hecho como una verdad concluyente de la que no cabe dudar, y sobre este hecho surge la ciencia positiva. Esta ciencia positiva, dirigida por la técnica a las más asombrosas aplicaciones, permite ese desenvolvimiento mecánico de nuestro tiempo, en que parece que las herramientas se han hecho más inteligentes que el hombre. Damos más crédito a una caja registradora que al cerebro humano de un contable; prestamos más fe a la fabricación automática que a la debida a la mano y al ingenio artesano del hombre. Los hechos atraen la razón con tal fuerza por esta brillantez de sus resultados, que nada tiene de particular que la ciencia positiva saque la consecuencia de su propia autonomía y elabore con sus conclusiones una explicación coherente del universo como sustitutivo de la filosofía. En ella son los hechos los que hablan, y la intervención de este nuevo personaje supone la renuncia definitiva a toda valoración trascendente. El pensamiento y sus valoraciones llegan también a ser considerados como simples hechos para esa ciencia positiva que todo lo cataloga y lo examina en sus causas y en sus efectos. La consecuencia de este progreso técnico positivo, desentendido de toda valoración moral, es la terrible desproporción entre el progreso técnico y el progreso moral del hombre, que Su Santidad señala en el último Mensaje de Navidad. Como consecuencia, el hombre moderno, que posee una técnica como ningún otro hombre la ha poseído, de cuyas manos salen maravillas que parecen burlar todas las leyes de la Naturaleza, vive en un verdadero vacío moral. Entre el maremágnum de sus haberes ha perdido la brújula de su destino. La técnica se vuelve contra el hombre mismo que la creó porque no está regida por una valoración moral. El progreso en las ciencias especulativas y morales, como consecuencia de esa divagación escéptica, ha producido una monstruosa confusión de doctrinas, que los manuales clasifican con ecléctica im- pasibilidad. Los científicos concentran su esfuerzo en ofrecer el cuadro más amplio con el mayor número posible de encasillados en el que tengan cabida esa multiplicidad de doctrinas contrapuestas.

Ya el conde de Maistre en los umbrales de esta primavera escéptica pedía un poco de autoridad para la razón; que acabara la divagación de la inteligencia en el yugo de una verdad divina; que los hombres supieran primero lo que es

primero: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Cuál es el sentido de mi existencia? Y que al preguntar por sí, como hizo San Agustín, preguntaran por Dios. Escéptico y desesperanzado el hombre moderno, vive en algo peor que un vacío moral. Porque todavía donde éste existiera cabría esperar que un hombre descubriera la verdad o que alguien viniera a predicársela. Pero donde los hombres han aprendido a dudar y llenar su cabeza de complejas clasificaciones de lo que la verdad pueda ser, cuando ésta llegue a ellos habrá un ademán de recelo y posiblemente un apartado más en sus cuadros clasificadores. Por eso fueron los humildes los primeros que escucharon las palabras de Jesús; los romanos cultos, con una confusión mental muy parecida a la de nuestro tiempo, se lavaron las manos con Pilatos, preguntando: "¿Qué es la verdad?"

2.—La materialización de la acción política

Consecuencia de este proceso es esa materialización de la acción política a que nos referimos y que Su Santidad denuncia reiteradamente en sus mensajes de Navidad. Cuando los hombres dudan de la verdad, nos dice, y no se escucha el clamor de la injusticia que padecen, sus ojos se vuelven necesariamente al éxito que da la fuerza y a resolver las cuestiones no según un fallo de justicia, sino como una afirmación del imperio de la voluntad. Apartados de Dios y de las máximas cristianas, los pensamientos, propósitos, iniciativas, estima, acción y trabajo de los hombres se orientan hacia el mundo material. De aquí que en la política tengan crédito la escueta posesión de poder, despreocupada de la moral, y que impere la violencia externa sobrepuesta a las normas del orden que dimana de Dios. Y que frente a esa afirmación de la fuerza como creadora del Derecho se organicen fuerzas contrarias para afirmar también el derecho de su fuerza, avivando celos, impaciencias y odios que sesgan la hermandad del mundo cristiano.

Poder, revancha y lucha son las características que el Papa denuncia en ese mundo político engendrado por la desecristianización y materialización de la vida y por el escepticismo que opera una llamada pragmática a la voluntad pura de dominar y poseer. Y este fenómeno se revela con una claridad meridiana en los conceptos contemporáneos de la política. La política es la raíz misma de la vida social. De ella derivan los principios que animan la acción humana y los órdenes que los hombres establecen. La política es a la vida social lo que los primeros axiomas a la constitución coherente del sistema de una ciencia; la base, el cimiento sobre el que se levanta todo el edificio de la sociedad. De aquí que lo que los hombres entiendan por política refleje en una exacta síntesis todos los contenidos de la vida social. Y esta expresión sintética es de una tal crudeza que apenas basta a disimularla el tono un poco engolido de toda definición científica. Y para ello no es necesario consultar el pensamiento de quienes han dado escándalo con la radicalidad de sus expresiones. Basta consultar la obra de profesores que han hecho de la ciencia casi una religión en su afán de obtener conceptos que sean la imagen más fiel de lo que les cuenta el mundo que se desenvuelve ante sus ojos. Política—nos dice esta ciencia—es la actividad encaminada a alcanzar fuerza o poder y a con-

servarla en circunstancias cambiantes. Política es afirmación, desenvolvimiento y repartición de fuerza a través del Derecho. Política es aplicación y desenvolvimiento de fuerza organizada socialmente. Política es la disyunción de un grupo que lucha frente a otro por la existencia. Política es la actividad humana regida por la ley de la esencial enemistad.

Las definiciones precedentes las podréis encontrar en esos o en parecidos términos en Schaeffle, en Berolzheimer, en Höller, en Leone, en Schmitt, en Ratzehofer... No importan los autores. Basta con constatar su resultado concorde sustancialmente en todos los estudios en que se aborda este concepto de la política. Esta ciencia quizá ha traicionado su misión rectora al desentenderse de una valoración, pero ha cumplido fielmente su misión de reflejar una realidad social en conceptos. Porque el éxito actual de estas concepciones no puede atribuirse a su originalidad ni a la autoridad de quienes las exponen, que más bien hicieron a veces su nombre sobre ellas. Es que el ansia de comprender ha encontrado aquí su satisfacción. Es tremendo decirlo, pero el valor de estos conceptos estriba en el vigor y exactitud con que expresan una realidad. A ellos habrá que volver como a textos clásicos cuantas veces se quiera expresar el perfil de nuestro tiempo: Voluntad de dominio, organización de fuerza, amigos y enemigos.

Su Santidad, con insistente agudeza, denuncia esta raíz de la crisis contemporánea. Victoria, dice, sobre el principio de que la fuerza crea el derecho; victoria sobre el odio que hoy divide a los hombres y a los pueblos.

3.—Falta de unidad entre los elementos del orden

Como consecuencia de esa secularización del pensamiento y esa materialización de la vida política, Su Santidad señala, como un tercer carácter que singulariza el perfil de nuestro tiempo, una específica inquietud, o por llamarla con su propio término, una "intranquilidad en el orden" que angustia la vida política contemporánea. En parte, esta inquietud es debida a una inadecuación del orden con las necesidades de un medio resultantes de la evolución de la vida social; a una violencia callada ejercida sobre fuerzas que se sentían maltratadas y mal entendidas por un orden inepto; pero más radicalmente esta inquietud deriva de la injusticia que engendra la insatisfacción y la apuesta a explotar en revanchas desordenadas.

Faltaba al orden su condición esencial: la procuración cada vez más perfecta de una unidad interior. No había unidad interna, sino "una mera conexión extrínseca de partes numéricamente diversas". Los hombres no se sentían aglutinados en una acción y colaboración común, sino mecánicamente incluidos en una unidad ficticia y artificiosa. Apenas si un orden jurídico positivo mantenido por un poder político, unas veces claudicante y otras cruelmente inexorable, era capaz de mantener el artificio de esta unidad. Dentro de ese orden impuesto, los hombres se sentían íntimamente desunidos, enemigos unos de otros, recelosos y agrupados en clases, partidos y pueblos en lucha.

Esta carencia de unidad esencial tiene su expresión más característica en

el proceso de tensiones y luchas de principios que integran la dramática historia del último siglo. Podrá parecer quizá un tanto simplista y superficial este análisis de la crisis, y bien sabemos que esta enumeración ha de resultar necesariamente pobre ante el aluvión bibliográfico cada vez más extenso que desmenuza, contrasta y discute las causas y el proceso de la crisis. Pero en estos cuatro principios está contenido en una feliz síntesis todo el mundo de circunstancias históricas, de apetencias ideales y de movimientos políticos del mundo contemporáneo: liberalismo, democracia, marxismo y nacionalismo.

Liberalismo y democracia podríamos decir que representaban el precipitado de una crisis anterior, que quiso establecer con su desarrollo un orden perdurable; marxismo y nacionalismo sientan las fuerzas nuevas que tienden a deshacer los elementos de ese orden. Los dos primeros venían de vencida, agotada ya su virtualidad histórica, incapaces de regenerarse y de reconstruir un mundo que deshacía su frágil vínculo. Los dos últimos tenían la fuerza pujante de una nueva energía histórica cargada con el ímpetu de sinrazones padecidas, de injusticias lacerantes y vivas. Lo cual indica claramente la relación que hay que establecer entre estos cuatro principios. No es que los dos primeros fueran instrumentos idóneos para establecer un orden, quebrantados por el impulso de esas dos nuevas fuerzas, sino que éstas surgían por un proceso natural de generación, amamantadas por la injusticia e inadecuación del liberalismo y la democracia para fundar un orden de paz entre los hombres.

Fundamentalmente, marxismo y nacionalismo significan simplemente el tránsito de reacción de un principio individualista a una concepción colectivista. El individuo, vencido en la concurrencia del mundo liberal, rebajado hasta número de una masa de votantes por la democracia, perdida la fe en su propia dignidad por doctrinas que alumbaban los más sucios fondos de su subconciencia como determinantes de su acción" (Freud), o que ponían en la picota la dignidad humana deviviendo al hombre de las escalas biológicas inferiores, se refugia en las esencias colectivas que lo potencian y lo subliman. Si un hombre no es nada, mero número de aglomeraciones, apéndice de una máquina que fácilmente se sustituye, complejo de instintos inferiores, una especie de simio más perfecto, a quienes las leyes materiales del mundo económico dominan y burlan, cuyo valor se mide por su éxito económico, razonable, sí, pero sin ninguna verdad cierta que merezca el asentimiento de su corazón, la clase, la raza o el espíritu de un pueblo sí son potencias de un volumen efectivo que pueden ponderarse y medirse. Ellas crean una cultura, una fuerza material, son perdurables a la vida humana y puede proporcionar con su imperio efectivo esa justicia insatisfecha. El individuo se subsume en la colectividad, sin resquicios para su propia vida individual, porque el individuo separado de su pueblo es como la hoja del árbol que se la lleva el viento, porque el obrero desligado de la clase que le protege y le potencia es como un insecto que despanzurra, sin esfuerzo ni escrúpulo, la pesada máquina del capitalismo. Y prometiendo salvar al hombre acaban por perderlo y ahogarlo, deshaciendo su libertad y su personalidad y encuadrándola forzada y agotadoramente en un espíritu y una acción colectiva. Sin que ni siquiera den al hombre la paz, sino

la lucha de clase contra clase y de pueblo contra pueblo.

Estos cuatro principios han regido al mundo que explota en la crisis actual. Pero entender bien exige afrontar antes un problema que está en su raíz. Un problema al que ningún cristiano puede acercarse sin una temblorosa vacilación. Y el problema es este. Esos cuatro principios que engendran el mundo actual, ese mundo cuya catástrofe, con palabras del propio Pontífice, tiene el carácter de un juicio universal, son cuatro principios que en sus últimas raíces son netamente cristianos.

Por la libertad humana y el respeto a la dignidad del hombre ha luchado la Iglesia durante siglos. Antes de que el Evangelio se hubiera extendido por el mundo puede decir Lucano que pocos hombres participaban de la dignidad humana; cuando el cristianismo ha madurado ya su doctrina y su acción social, el Papa Alejandro III pudo declarar, en nombre del Concilio, que todos los cristianos debían estar exentos de esclavitud y de tiranía. El pensamiento de que todos los hombres miembros de una comunidad tienen derecho a participar directa o indirectamente de un poder que se ejerce para su bien común está en la obra de todos los escritores católicos, desde Santo Tomás a Suárez, y de los Papas desde León XIII hasta nuestro Pontífice actual. La querrela que pide para nuestros hermanos más desamparados un poco de justicia, una vida más digna, una retribución más humana, es demanda que casi podríamos decir que ha nacido en el seno mismo de la Iglesia. Monseñor Ketteler pronunciaba su famoso sermón de Maguncia antes de que el manifiesto comunista saliera a la luz; las encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragesimo anno" expresaron con toda claridad el pensamiento de la Iglesia, y en pocos textos se podrá hallar más comprensión para este problema que en el Mensaje de Navidad de 1942, de nuestro Pontífice actual. Del amor a la patria, por último, decía Santo Tomás que era deber de piedad filial, nacido en la fuente misma de la caridad que nos manda anteponer lo común a lo propio, fundado en la ley cristiana de solidaridad.

¿Si esos principios derivan de una fuente cristiana es que ha fracasado la civilización que Cristo sembró entre nosotros? Tal es la pavorosa pregunta que se plantea el cristianismo que constata este hecho. Su Santidad no rehuye esta dificultad. Al contrario, toma pie en ella para alcanzar el último y definitivo eslabón de que pende la cadena de causas de la crisis. "Se oye afirmar no raras veces—dice Su Santidad—que el cristianismo no ha sabido cumplir su misión." No; el cristianismo no ha faltado a su misión, sino que los hombres se han rebelado contra el cristianismo, contra Cristo y su doctrina y han puesto en su lugar un disfraz de cristianismo muerto, sin doctrina de Cristo. Se ha descristianizado la vida individual y social y se niegan las verdades y fuerzas destinadas a iluminar los entendimientos acerca del bien y del mal. Esos principios, en su raíz cristianos, separados de su raíz divina se han corrompido y han engendrado la corrupción del mundo actual. La libertad no se proclama en nombre de la dignidad del hombre y como medio para cumplir su destino personal, sino en nombre del derecho a dudar de la razón y de la ausencia de una verdad objetiva. La participación del hombre en la acción de gobierno no es cooperación en una empresa de justicia y bien común, sino

dominio del número, soberanía del arbitrio y el instinto de los más. El problema obrero no es problema de justicia y caridad, sino revancha, lucha de clases, dictadura del proletariado, materialismo histórico. Y el amor a la patria, no ese hermoso impulso de caridad y deber de solidaridad, sino egoísmo, olvido de que la misma solidaridad y caridad que nos liga con los hermanos de nuestra propia patria nos obliga para con toda la humanidad, desasimiento de la persona de su propio ser que halla en la sociedad su complemento y su perfección para mecanizarla como una pieza o elemento del gran Leviatán.

La civilización cristiana, al secularizarse se ha separado de su matriz y ha entregado sus principios a las pasiones de los hombres. El mundo está hoy en el abismo de una segunda caída en que tienen actualidad las palabras del profeta que Su Santidad recuerda: "Omnes qui Te derelinquunt, confundentur, recedentes a Te in terra scribebuntur: quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium, Dominum." "Todos los que te abandonan quedarán confundidos; los que de Ti se alejan, en la tierra serán escritos, porque han abandonado al Señor, fuente de aguas vivas."

B) La instauración cristiana de un orden nuevo

Su Santidad no se satisface sólo con esta obra crítica, sino que a cada una de esas causas de la corrupción del orden social y político contemporáneo va enfrentando un principio positivo para su reconstrucción. Como remedio contra el escepticismo generado por la secularización del pensamiento Su Santidad ofrece el "nostro firme" de la Verdad divina, revalorizando la clásica doctrina cristiana del fundamento divino del orden social. Sobre este fundamento revaloriza la idea de la política fundada en la justicia y el amor, y por último frente a esa diversidad de principios que sesgan la unidad del orden social Su Santidad afirma la persona humana como principio capaz de organizar un orden verdadero entre los hombres que componen una comunidad política.

Abre Su Santidad el Mensaje de 1942 ofreciéndonos un concepto cristiano de la política, que tiene la bella y grácil concisión de esos pensamientos que no han surgido en el desvelo de penosas especulaciones, sino que parecen que llegan a los labios o a la pluma revueltos desde el corazón. Las palabras no son siempre el barro tierno con que el pensamiento pueda modelar la forma exacta en su significado, airosa y cadente en su melodía, breve y precisa en el estilo. Y, sin embargo, en la precisión y hasta en la sonoridad de un término se juega más de una vez la fortuna de una idea, de un concepto y casi de un sistema. Nombrar bien, definir con brevedad y acierto, es ya un primer triunfo del pensamiento que quizá incluso logre pasar con la belleza de la forma el matute del error. Una ley breve y precisamente formulada, una definición recogida y exacta, un término que sugiera la realidad que nombra, son ya un paso seguro en el porvenir de un pensamiento. Saludemos, pues, con alborozo la expresión feliz con que Su Santidad nos da en la breve síntesis de dos términos todo un orbe del pensamiento: **Convivencia en el orden.**

Convivir es "vivir con", hallarse en sociedad con otros hombres; orden es

disposición de elementos, distribución de funciones, unidad armónica de partes y haceres. Ordenación o, si se prefiere, organización de la sociedad; hacer que la vida conjunta, social del hombre, tenga una forma armónica de variedad y unidad, dando a cada uno su puesto en sociedad, asignándoles sus funciones, sus derechos y sus deberes respectivos. He aquí una hermosa y precisa definición de la política.

Y esa definición no es uno de esos conceptos neutros, tan frecuentes en el pensamiento científico, en los que caben en una imparcial ponderación verdad y error, bien y mal, justicia y desafuero. Sino que dentro de la necesaria amplitud del concepto tiene inmediatamente una determinación valorativa. Convivencia en el orden... pero con "tranquilidad en la convivencia"... He aquí otro término aparentemente llano e irrelevante, pero preñado de un sugestivo contenido. Tranquilidad que da la pacífica posesión de la justicia; tranquilidad que da la satisfacción de los hombres en un mundo en el que cada uno tiene lo que se le debe y lo que merece; tranquilidad que nace del orden verdadero, que no es "mera y extrínseca conexión de partes, sino más bien, y debe serlo, una tendencia y actuación cada vez más perfecta de una unidad interior". Tranquila convivencia en el orden, vida satisfecha y ponderada en que los hombres cumplen la unidad superior de la sociedad, a la que necesariamente les llama su naturaleza, es la meta de esa ordenación de la vida social que Su Santidad propone a la política.

Y adviértase que con esa idea se hacen retroceder infinitamente esas ideas de fuerza y poder que el Pontífice condena. Les queda aún una pequeña parte de ese valor, que hay necesariamente que reconocerles, y así el Papa llama a nuestro esfuerzo para realizar ese orden que ha de dar la paz a los hombres, e implícitamente reconoce que hay poderes necesarios para salvar y mantener el orden. Pero son otras dos las ideas que dan su calor a esa tranquila convivencia en el orden. Y precisamente los valores contrarios de esa fuerza y ese odio que imperan en el mundo político contemporáneo: el amor y el Derecho. Derecho verdadero que realice la justicia entre los hombres y amor en que se edifique toda verdadera unidad.

La idea de este orden en que estriba la política va ganando hondura en el pensamiento de Su Santidad. Por ser los hombres seres intelectuales y morales "tienden a la actuación de un fin conforme con su naturaleza". El principio de este orden, si se quiere satisfacer "la necesidad inaplazable de una vuelta a una concepción espiritual y ética, seria y profunda, templada al calor de una verdadera humanidad e iluminada por el resplandor de la fe cristiana, conviene buscarlo en Dios, causa primera y fundamento último". Sólo en Él cabe hallar el ideal y el fin de la vida social que "posee a la luz de la razón y de la revelación una autoridad moral y un carácter absoluto, que franquea las mudanzas de los tiempos y que posee una fuerza de atracción que lejos de ser mortificada o disminuida por desilusiones, errores o fracasos, mueve irresistiblemente a los espíritus más nobles y fieles al Señor a comenzar de nuevo, con renovada energía, con nuevos conocimientos, con nuevos estudios, medios y métodos lo que en otros tiempos y en otras circunstancias se intentó en vano".

Con el establecimiento de esta doctrina articula Su Santidad la columna vertebral para la reconstrucción del orden social. A esa confusión y divagación del pensamiento contemporáneo se le ofrece ya en primer término el norte firme de una verdad. Estribando en Dios, "supremo regulador de todo lo que se refiere al hombre, las semejanzas, tanto como las diferencias de los hombres, encuentran su puesto adecuado en el orden absoluto de los valores y, por consiguiente, también en la moralidad. Por el contrario, si se toca ese fundamento se abre entre los diversos campos de la cultura una discontinuidad y aparece una tal incertidumbre e inseguridad de contornos, de límites y de valores, que sólo meros factores externos y con frecuencia ciegos instintos acaban por determinar, según la tendencia dominante del día, a quién pertenecerá el predominio de esta o de aquella orientación". El **escepticismo**, la **falta de asentimiento a unos principios comunes**, la pluralidad de doctrinas y tendencias, cuya validez sólo se predica para distintos grupos que se enfrentan según sus particulares instintos, intereses o concepciones de la vida, se supera en esta afirmación trascendente del valor de los principios del orden social.

Su Santidad alude simplemente a "la revelación y la luz de la razón", que abonan esta fundamentación propuesta. No es precisa una aclaración más precisa porque al sentar esta doctrina no hace sino recordar lo que es una teoría clásica del pensamiento cristiano, desde San Pablo a la expresión más madura del pensamiento escolástico. En Santo Tomás se formuló esta doctrina en un triple argumento de una simplicidad y una fuerza lógica que conviene recordar para quienes no estén familiarizados con este problema: Todo cuanto existe por creación ha de derivar su existencia del Primer Creador; todo cuanto es capaz de engendrar un movimiento ha de tener su fuente en el Primer Motor; todo, por último, cuanto está ordenado a un fin ha de referirse a la Primera Inteligencia ordenadora de todas las cosas a sus fines propios. El argumento llamado racional, que encuentra su mejor formulación en el pensamiento clásico español es aún más simple: **Dios, Creador del hombre, estableció necesariamente todas aquellas condiciones que eran necesarias para el desenvolvimiento de la naturaleza con que le creó.** Y nos interesa destacar este segundo argumento porque en él se encuentra el tránsito a todo un mundo de fecundas consecuencias que se derivan de este principio y que dan todo su sugestivo valor a esta fundamentación cristiana del orden social.

La trascendencia de este principio se funda en que en él está contenido implícitamente el ideal y fin de la vida social. Si Dios estableció el orden político que regula la vida social como una condición necesaria para el desenvolvimiento de la persona humana es claro "que el origen y fin esencial de la vida social ha de ser la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana, ayudándola a actuar rectamente las normas y valores de la religión y la cultura, señalados por el Creador a cada hombre y a toda la humanidad, ya en su conjunto, ya en sus naturales ramificaciones".

Esta afirmación puede decirse que es el eje de este Mensaje de 1943. Como hemos de ver más adelante, todos los problemas se centran alrededor de esta

tesis central, con la cual se va midiendo y orientando todos los datos de la crisis contemporánea. La tradición "personalista" de la civilización cristiana se reafirma y se señala como empresa actual a realizar esta restauración del valor de la persona humana en el orden político contemporáneo. Con ello la iglesia no se desvía un punto de la ruta marcada por la acción civilizadora cristiana desde su fundación. No hay aquí novedad ni rectificación que comentar, sino más bien la consecuencia insobornable de una misión histórica. Lo digno de notarse en esta afirmación es la entereza y la consecuencia con que Su Santidad previene a la conciencia cristiana, recordando esta tesis, del error en que estaba próxima a incurrir por reacción frente a los errores y excesos del liberalismo. Las palabras de Su Santidad en este sentido no dejan ningún lugar a duda. "Cuando una doctrina o construcción social—dice—, desconociendo el respeto debido a la persona y a la vida que le pertenece, no le concede ningún puesto en sus ordenamientos y en la actividad legislativa o ejecutiva, lejos de servir a la sociedad la arruina; lejos de promover y fomentar el ideal social y actuar sus previsiones y esperanzas, le quita todo valor intrínseco..."

En esto estriba la "audacia" a que el cuestionario se refiere al calificar la reforma de Su Santidad. En esta insobornable continuidad de una misión histórica, que el cristianismo está siempre dispuesto a cumplir en cualquier momento y en cualquier circunstancia, cualesquiera sean las fuerzas que parezcan haberse conjurado para oponerse al reconocimiento de esta verdad.

Y no insisto sobre el valor fecundísimo de esta afirmación porque todas las lecciones de este círculo han de girar necesariamente alrededor de esta afirmación del valor de la persona humana, de sus derechos y de las condiciones en que ha de desenvolverse por ser el eje de este Mensaje de Su Santidad. Esta idea aparece desarrollada en cinco puntos que desde el hombre van elevándose hasta la sociedad. No voy a repetir la lectura de estos postulados que todos conocéis y que son cabeza de capítulos del Mensaje que comentamos. Sólo os diré, para terminar, que cuando el contenido de esos cinco puntos haya encontrado su realización, cuando esa empresa a que Su Santidad nos llama se haya podido cumplir y este pensamiento sea el espíritu de una realidad política, entonces volverá a tener actualidad ese bellissimo término "cristiandad" que tanto se reitera en estos Mensajes de Su Santidad, y la pluralidad de las gentes no se cubrirá ya con el nombre del hombre, "humanidad", sino que volverá a cubrirse con el nombre de Cristo, "cristiandad"

Observaciones a la ponencia de Sánchez Agesta

GONZALEZ ALVAREZ.— En primer lugar celebrar la conferencia de Sánchez Agesta y agradecerle por lo menos personalmente unas cuantas ideas que ha llevado a mi cabeza. Mas yo encuentro en la conferencia de Sánchez Agesta, en lo relacionado con Kant cuando trataba del orden social, alguna expresión que no me satisface plenamente. La primera de ellas se refería a una separa-

LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS HA EDITADO EL FOLLETO

"Arbol en flor trasplantado al cielo"

que contiene la biografía, enfermedad y muerte del reverendo padre José María Sarabia, S. J., con su escrito póstumo "Mi cruz de cada día."

El precio de este folleto es de dos pesetas. El producto de su venta se destina a la fundación de la beca "Padre Sarabia" en la Universidad Pontificia de Comillas

PEDIDOS A LA A. C. N. de P. Alfonso XI, 4, 4.º, izquierda MADRID

ción que había formulado Kant entre la razón y la fe. Yo creo que hay que puntualizar este punto. No creo que Kant haya verificado ninguna separación. Al contrario, lo que hizo Kant fué unir la razón a la fe en una facultad que emanaba de lo más intrínseco del hombre, que era la voluntad de la razón pura dividida en los críticos y en la crítica. Por consiguiente, si en algún sector se puede hablar de fe racional es en Kant. Ahora bien, justamente lo que no se puede admitir es una fe racional. La fe cristiana es racional, pero no racional. La fe que emana de la crítica de la razón práctica que nos lleva al postulado de la moral es una fe auténticamente racional, una fe que emana de principios científicos prácticos de la razón práctica. Esa es la primera cuestión. La segunda es relacionada con esto: si la razón perdió su fundamento en la fe, como dijo el ponente, no veo yo la pérdida de ese fundamento cuando jamás había estado la razón, ni tiene por qué estarlo, fundamentada por la fe. La fe no sirve de fundamento a la razón, más bien al contrario debe ser la fe, como dice Santo Tomás, la que incide sobre la razón.

SANCHEZ AGESTA (Luis).—Las observaciones de González Alvarez las celebro, pues son finisimas, ya que la mejor recompensa que se puede dar a un ponente es este fenómeno de crítica con que aquí se estudian los temas que se exponen. Desde luego en mi disertación, un poco rápida, habré manifestado cosas que no sean exactamente las que pensaba afirmar, pues en un desarrollo microscópico de una conferencia es posible que haya dicho algo a la ligera. Yo lo que quería en mi intervención era simbolizar esos movimientos que se estaban produciendo de cómo la política se separa de la moral, pues usted sabe, González Alvarez, que Kant, en la crítica de la razón pura, señala cómo la razón pura especulativa no puede mostrar la existencia de Dios, pero en cambio en la razón especulativa práctica la admite como postulados necesarios.

Don Máximo YURRAMENDI.—Evidentemente no se puede afirmar que Kant hablara de la razón como paso previo para la fe en el mismo sentido en que la escolástica ha considerado a la razón elemento previo para la fe. En

ACTIVIDADES DE LOS CENTROS OVIEDO

OVIEDO. — Ha quedado definitivamente fijada por el Prelado la fecha de la imposición de insignias que se ha de verificar próximamente en Covadonga y la de la tanda de Ejercicios espirituales que ha de preceder a aquélla.

Los Ejercicios, que serán dirigidos por don Angel Herrera, se celebrarán del 5 al 10 de junio en el Colegio mayor de San Gregorio de la Universidad de Oviedo. Este último día, por la tarde, será la salida para Covadonga, en cuyo santuario, tras la vigilia eucarística reglamentaria, el doctor Arce, Arzobispo preconizado de Tarragona, impondrá el distintivo a los nuevos propagandistas numerarios.

La tanda de Ejercicios se verá muy concurrida, pues a la misma han anunciado su asistencia miembros de los Centros de Gijón, León y otros, además de los propagandistas de Oviedo

Los que deseen inscribirse deben dirigir su petición al secretario de ese Centro, Santa Cruz, 5, 3.º

SAN SEBASTIAN

SAN SEBASTIAN.—Durante los días de Semana Santa el Centro de San Sebastián organizó una tanda de Ejercicios espirituales en Villa Santa Teresa, que fué dirigida por el ex presidente de la Asociación don Angel Herrera. La asistencia fué numerosa y selecta, contándose entre los que concurren el baron de Benasque, compañero nuestro y actual gobernador civil de Guipúzcoa.

La Sección de San Pablo, las reuniones de los Círculos, retiros y comuniones continúan verificándose con normalidad.

Una labor excelente del Centro de San Sebastián son las emisiones de radio, con las cuales realizan una verdadera obra de apostolado muy eficaz.

Como noticia agradable y simpática diremos que los propagandistas Hoyos y Redondo, han visto aumentada su familia recientemente. Entre el secretario, Santamaría, y los dos mencionados, cuentan 21 hijos, que sumados a los de Ferrando, que tiene cinco, son 26 los hijos de los propagandistas del Centro de San Sebastián. Es propósito de ellos constituir la Asociación de Padres de Familia Numerosa, para la defensa y privilegios de la "clase".

ese sentido tenía razón Sánchez Agesta, porque como dice el mismo Kant, éste no se propuso destruir la metafísica, sino dar fundamento sólido a la misma; según él, la metafísica antigua no se demostraba por el camino por donde se había metido y para robustecer más el fundamento de la existencia de Dios iba a dar un sólido cimiento a la metafísica; pero ese sólido cimiento que da es en el lado práctico, en el aspecto voluntad, de tal manera que hace a la fe acto de la voluntad, mientras que la fe en el sentido católico es un acto del entendimiento. El gran error de Kant está en la afirmación de que la razón no puede demostrar el alma y Dios, sino que son dos elementos o postulados de la razón práctica que, por lo tanto, no pueden pasar por la aduana de la inteligencia.